

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Martes 15 de Abril de 1862.

Núm. 32.

DIRECCION

DE LA TENDENCIA RELIGIOSA EN LA INFANCIA
POR LA MADRE DE FAMILIA.

III.

Ya hemos dicho que la oracion es el medio mas seguro y eficaz para impulsar el desarrollo del sentimiento religioso en la infancia; y por lo mismo dejaremos consignado que el deber mas imperioso de la madre es enseñar á orar á sus hijos, cuidando de que en esta enseñanza se dirijan á Dios con la palabra y el corazon. Pero las primeras oraciones de los niños no pueden ser otra cosa que la repetición de las palabras de su madre, cuyo sentido irá penetrando poco á poco en su inteligencia y su corazon para desenvolver el amor hácia el Sér Supremo, y mas tarde, todos los demás sentimientos que nos inspiran sus dones. Preciso será, pues, que estas oraciones se elijan con cuidado de entre las mas perfectamente apropiadas al objeto, y en consonancia con el grado de desarrollo en que se encuentren aquellos en cuyo corazon queremos que germinen y fructifiquen los sentimientos que expresan. Para que en ellas concurren estas circunstancias, las madres deberán prescindir de todas las oraciones cuyo lenguaje y sentimiento, ó pensamiento que expresen, no pueda acomodarse á una edad tan tierna, es decir, que no tenga la ingénua sencillez que debe caracterizarla, por excelente y piadoso que sea su pensamiento, así como que no envuelva un objeto inmediato físico y tangi-

ble al alcance de la débil y limitada inteligencia de los niños. Merece, por tanto, una marcada preferencia para esta clase de oraciones, la súplica de los bienes materiales dirigida á Dios, puesto que hasta mas tarde y muy lentamente no puede el niño comprender lo que son bienes espirituales, y en cuánto esceden en mérito á los temporales ó materiales.

Los niños han de orar con suma frecuencia, no solo porque así se exige á todos los cristianos, á fin de perseverar en la fé y sentimientos que se proclaman en la oracion, sino porque este ejercicio en ellos crea un hábito tan fuerte, una necesidad tan apremiante y real, que mas tarde no extinguen las tempestuosas pasiones de la juventud, las seducciones del mundo, los ejemplos de la impiedad ni las satisfacciones de la malicia. Así, pues, mucho favorecería al objeto de la educacion religiosa la repetición en cada dia, y si cabe, á cada hora, para que el efecto sea mas rápido y seguro. Pero merece un gran cuidado no dar á este, como á todos los ejercicios de la infancia, mas duracion que la conveniente, para no fatigar demasiado determinadas facultades y destruir la armonía con que han de hacer uso de sus fuerzas; y como la repetición constante de las oraciones de la madre, una vez aprendidas por los niños, puede hacerse monótona, pesada y enojosa, fatigaria los agentes auxiliares de la educacion, mataria sus estímulos, y haria que dichas oraciones, lejos de reunir las condiciones necesarias para producir un saludable efecto, despertaran la aversion é imposibilitaran la perseverancia,

sin la que no tiene lugar jamás el desarrollo del sentimiento religioso. De aquí la conveniencia de variar la enseñanza de la oracion, tan luego como es fácil á los niños repetir la que les van rezando sus madres, reemplazándola con otra equivalente que, aun cuando incorrecta ú oscura, sea del propio fondo del niño. Semejante variacion será para muchos una novedad trascendental é irrealizable, pero la experiencia se encarga por nosotros de convencer al mas incrédulo, si no basta desde luego la indicacion que vamos á hacer del procedimiento mas oportuno para conseguirla. No se negará, en primer lugar, que al hacer que un niño formule y dirija por sí mismo sus súplicas y fervorosas oraciones á Dios, dejando de repetir las que le formuló su madre, cambia el papel de intermediario, ó mas bien lo abandona, para establecer directas é inmediatas relaciones con su Padre celestial, dispensador de todos los bienes y gracias. Del mismo modo convendrán, en que las madres preparen fácil y sencillamente este cambio por un corto número de ejercicios ó preguntas semejantes á las siguientes: ¿Qué tienes que pedir á Dios, niño mio? O de otro modo: ¿Qué deseas merecer de Dios esta mañana, esta tarde ó esta noche? Con preguntas análogas á estas se mueve el deseo y sentimiento religioso de los niños, iniciado ya de antemano por las oraciones que la madre le ha hecho repetir; y sin perder por un instante el respeto, veneracion y amor á Dios, muestra su confianza en la bondad infinita, manifestando lo que quiere y desea de una manera natural y sencilla: entonces la madre puede ordenarle que formule su súplica á la manera que lo viene haciendo en las oraciones que ella le ha enseñado, recordándole como ejemplo aquella que mas se aproxime al objeto. Siguiendo este camino le abandonará poco á poco á sus desahogos que, para que sean enteramente libres y sinceros, deben ser necesariamente secretos. Si alguna vez el niño, como ocurrirá casi siempre al principio, encontrase dificultad para formular la oracion, indicado

por él el objeto, la madre empezará la obra, y luego que haya marcado el camino, le dirá: *Acaba tu oracion solo y no olvides nada de cuanto tengas que pedir á Dios.*

Para que la oracion ejerza su saludable influencia sobre la vida, es necesario que sea simultánea con actos regulares y frecuentes que contribuyan á su indispensable y habitual uso, hasta el punto de que, al ejecutar cualquiera de estos, consideremos como una parte esencial de su ejecucion la oracion de que acostumbremos á acompañarlos. De aquí sin duda la inmemorial costumbre de orar al despertarnos, levantarnos, salir de casa, comer, acostarnos, y en otros varios casos que lo hacen los pueblos cristianos. Hoy esta notable costumbre viene en una decadencia tan marcada que, á juzgar por los signos exteriores, casi ha desaparecido por completo. Pero no temen tanto mal los espíritus timoratos: que merced al celo religioso de las madres, no ha hecho mas que cambiar suprimiendo los signos exteriores de ellas, segun lo ordena un prudente consejo de educacion en todos los casos que se tema con fundamento que degeneren en una vana formalidad; porque solo debe practicarse con toda sinceridad y fervor, cosa no muy fácil fuera de aquellas familias piadosas que abren rara vez el círculo doméstico á una persona extraña. Rezar hoy la oracion de gracias en la mesa donde el comercio actual de la vida, á que debemos acomodar nuestros hábitos, atrae tan distintas personas que en ellas se confunden ó parecen confundirse las lenguas, las nacionalidades, las religiones y los cultos, seria un imposible sin faltar á los que nos rodean, á nosotros mismos, y aun al objeto que en ella nos propusiéramos; porque sobre no ser un acto de ostensible y edificante devocion, podríamos arrebatarse con ella la alegría y la paz de aquellos que de otro modo la hubieran disfrutado, aunque falsa y pasajera, en aquellos instantes. Mas no por esto solamente perdida esta devota costumbre, cuando las madres, tan piadosas y cristianas, enseñan á sus hijos las oraciones propias de estos

actos y no cesan de aconsejarles que siempre, y en todas circunstancias, respetando la libertad de los demás, den gracias al dispensador de todos los bienes con el corazón, recogidos en sí mismos, y sin manifestación alguna exterior, del acto solemne que los ocupa. Ya hemos indicado antes que orar secretamente no es temer confesar la fé de nuestro culto y nuestro Dios, sino sujetar en ciertos casos la aplicación de sus prácticas á conveniencias de tiempos y circunstancias, que hasta redundan en el mayor lustre y brillo de la religión misma. Por tanto, para que los niños estén debidamente preparados á elevar secretamente su corazón hasta Dios por reconocimiento ó cualquier otro motivo, las madres deben enseñarlos, aconsejándoles después hacerlo siempre que ejecuten uno de los actos regulares de la vida, porque estén en costumbre de hacerlo, cualesquiera que sean las personas que le rodeen.

La frecuencia de la oración es el solo y único medio de conseguir que predomine en la vida el sentimiento religioso; porque sin ella no es posible que nuestro pensamiento llegue á cada paso á la presencia de Dios, nos recuerde su eternidad, que por nosotros se ha sacrificado, ni mucho menos que á nuestra actividad vayan constantemente unidos el pensamiento y sentimiento religioso. Difícil es para las madres tan saludable tarea, y mas difícil aun que los niños y jóvenes la tomen con gusto, á no perseverar quien las dirige en aconsejarles con amorosa ternura, que á cada hora que se desliza dediquen á su Dios y Salvador un pensamiento que prepare su santificación y su dicha para cuando termine su efímera existencia.

Sobre esta base se realiza sólida y directamente la educación religiosa; porque el hábito incesante de orar desarrolla y arraiga la fé, el amor, reconocimiento, respeto y obediencia hácia Dios; los mantiene y fortifica hasta el punto de que no se separen jamás de nuestro corazón y nuestra mente.

Dado este primer paso, el mas difícil de

la educación religiosa, es en extremo sencillo dirigir aquellos sentimientos que, sin referirse á Dios, determinan la semejanza del hombre con él, y le hacen comprender la necesidad de su desarrollo para poseer las virtudes que son un pálido reflejo de sus perfecciones. Así la veracidad, compasión, beneficencia, sufrimiento, justicia y resignación, que nos conducen á cumplir deberes sagrados con nuestros semejantes, imbuyen á la vez en el corazón las mas santas disposiciones para orar bien; porque del mismo modo que el hábito de triunfar de los demás nos hace capaces del triunfo sobre nosotros mismos, el amor á la verdad nos obliga á vernos tales como somos, y penetrados de ella, no podemos dirigir nuestras oraciones sino al Dios verdadero, que es la verdad misma.

La compasión y la beneficencia ejercidas por un profundo sentimiento, nos recuerdan la compasión de Dios por nosotros y el número infinito de bienes que le debemos.

El sufrimiento nos hace semejantes á Jesús, que pasó por su sacrificio para nuestra salvación eterna; la resignación nos obliga á apreciar toda la grandeza de su humildad, enseñándonos á soportar todas las pruebas á que nos somete, y por las que debemos pasar con una resignación cristiana. Por último, el sentimiento de justicia nos equipara á él cuanto es posible, porque él es la justicia eterna.

Estas virtudes, que en nosotros no constituyen otra cosa que las facultades de la tendencia social, concurren del modo que ligeramente hemos indicado al desenvolvimiento del sentimiento religioso; y no solo merecen un cultivo esmerado por parte de la educación, como medio de labrar nuestra dicha, sino que siendo un ejemplo de la solidaridad orgánica de nuestros poderes por la influencia que tienen en nuestra condición religiosa, aun cuando pertenecen pura y simplemente al orden moral, son un testimonio innegable de la bondad y sabiduría infinita de Dios, al querer que todas nuestras facultades y virtudes

sirviesen á nuestro espíritu como medio de hallar la paz y la dicha eternas.

Por tanto, madres de familia, si quereis en vuestros hijos un desenvolvimiento gradual de la tendencia religiosa, cultivad en su corazon todas las virtudes en relacion con Dios, asociado el sentimiento religioso que él inspira al ejercicio de todos los sentimientos humanitarios á que se manifiesten inclinados, para que la religion sostenga las virtudes contra la debilidad y la corrupcion que las combaten, y ellas mismas los dispongan á orar y vivir como verdaderos cristianos. La oracion y la práctica de las virtudes forman el medio y el fin de la educacion religiosa perfecta, á la que deben encaminarse todos vuestros esfuerzos, sin permitir que por omisiones, condescendencias ó errores sean vuestros hijos víctimas de los obstáculos que opongan su debilidad: ostáculos que en otra ocasion os daremos á conocer, para que podais evitarlos mejor al desempeñar vuestro sublime y delicado trabajo.

L. R. Y P.

LA MUGER DEBE SABER ENVEJECER.

Es época de crisis para la felicidad de la muger aquella en que finaliza el reinado de la juventud y principia el otoño de la vida: no es posible que duren á medida del deseo las ilusiones que tristes y doloridas vuelan con los años, deshojando las rosas con que la juventud sabe embellecer su frente.

Cuando llega el tiempo de los pensamientos graves, una muger juiciosa no debe temer el considerar la vida en su seria realidad: necesario es que tome animosamente su partido, y que no mire hácia atrás con demasiada frecuencia, ni se esfuerce por prolongar una juventud inevitablemente marchitada; porque nada hay mas desnudo de gracia y de sabiduría que la obstinacion con que ciertas mugeres se empeñan en no envejecer, el afanoso cuidado con que procuran disimular el irreparable ultraje de los años, y la frivo-

lidad juvenil que afectan, para mejor evidenciar la *eternidad* de su primavera.

Vélaslas rebuscar con risible diligencia las modas que las jóvenes adoptan; huir con horror de las reuniones formales; lanzarse con ridícula travesura en el seno las mas alegres agitaciones, y competir, patentizando su infatigable petulancia, con las jóvenes de veinte años. Nada mas insensato, á los ojos de una persona razonable, que esas *juventudes* ajadas y enyesadas que abandonan las importantes ocupaciones de la vida doméstica, para inventar cada dia una nueva extravagancia con que hacerse objetos de irrisión de todo el mundo: únicamente para ellas queda ignorado el inmenso ridículo en que se ponen: ¡tan tupida es la venda de preocupaciones que tienen en los ojos! Su vida es tan activa y turbulenta, que no les queda un momento de reflexion, durante el cual podrian verse tales como son por efecto de su incurable aturdimiento.

¿Puede haber mayor fatuidad que semejante olvido de los deberes que imponen la edad y las situaciones, y que tal desden hácia las realidades de la existencia? El mundo lo comprende tan perfectamente que, sin embargo de sus frivolidades, nunca tiene bastantes epigramas amargos para esas mugeres que pretenden trasladar á una edad mas que madura la ligereza de los primeros años; y aunque la mayoría de los murmuradores no tenga la idea del deber, tiene á lo menos el sentimiento de lo que es impropio de cada situacion, y un tacto bastante delicado para distinguir lo que es impertinente y de mal gusto. Las mugeres que conservan con obstinacion el amor á los placeres y distracciones, encuentran en él un verdugo cruel que las azota con implacable rigor; rigor muy merecido, que todas las personas de buen juicio deben aplaudir.

Es, pues, necesario que la muger comprenda bien su posicion y acepte con valor los deberes que la edad le impone para consigo misma y para con los demás.

Cuando los años han pasado alterando poco á poco la frescura de la juventud y dejando señales casi imperceptibles, pero evidentes, de sus huellas, es tiempo de decir adios á los placeres y distracciones pueriles: hay un invierno, una velada, una hora, un momento en la vida que son el último día, la última hora de la juventud. Sale de un baile una muger, y es jóven todavía; pero acordes la razon y el buen sentido le dicen:

Deja al mundo, antes que él te deje.

La telas diáfanas y los adornos de flores dispuestos con graciosa coquetería reciben el último adios; todo lo que fué realidad se convierte en recuerdo, y lo que era porvenir ocupa entonces su lugar: hay tal vez una hermosura menos, pero se encuentra una dignísima criatura mas, una muger que vá á recorrer con paso seguro la senda que para muchas otras es tan árida y tan triste.

Si la vida se ha empleado provechosa y útilmente, el momento de los sacrificios será menos penoso: largo tiempo antes de que llege se piensa en él, preparándose á iniciar la nueva era con tacto y sin violencia. Conviene, si es posible, recogerse, alejarse del bullicio, medir las fuerzas propias y trazarse un plan de vida en armonía con los hábitos y las ideas en que se entra; y al efecto, las lecturas serias y los consejos seguros servirán de poderoso auxilio.

No hay que hacerse ilusion: las relaciones frívolas y triviales se retirarán, se alejarán y hasta criticarán; ¿qué importa! Entonces será urgente saber distinguir la verdadera amistad y formarse un círculo de relaciones en que la inteligencia, el buen tono y la intimidad reemplacen las distracciones de los primeros años.

Preciso es confesar que no sin sentimiento se dá este paso decisivo, pues los recuerdos, excitados incesantemente por lo que se vé, por lo que oye y por las invitaciones mismas, todo se reune para tentar; pero es necesario estar firmemente decidida: la lucha no durará mucho y la victoria será de la razon.

Despues de veinte años de matrimonio, el círculo de la familia se ensancha y se divide porque los hijos se alejan: los varones siguen una carrera, las hembras ya casadas, han dejado á la vigilante madre que tanto las amaba: ¿cuántos sitios mudos y vacíos! ¿qué aislamiento el de la muger que se halla en este caso! ¿cuántas veces busca en vano las frentes de sus hijos para besarlas, y solo encuentra retratos frios, aunque muy queridos! Hay triste silencio en derredor de ella, mientras que en ella todo está todavía lleno de vida, de ternura y de dulce amor para los suyos.

Su esposo, siempre poseido de bondad y afecto, no tiene ya los cuidados y la galantería de los primeros tiempos, y con frecuencia lo que se ha pedido, lo que se desea, lo que de él se espera, está olvidado: ¿olvidado!... Esta palabra cae sobre el corazon como una gota de plomo ardiente: solo las lágrimas que derrama esta muger calman su herida. Pregúntase á sí misma si ha hecho todo lo que debia, si ha sido buena y generosa sin límites, si el abandono casi involuntario no ha sido causado por sus defectos; solicita indulgencia perdonando mucho para hacerse absolver porque envejece; quisiera sacrificarse por el bien de todos y nunca desmerecer del amor de ninguno; porque el corazon podrá dejarse llevar de objetos frívolos, pero se sujeta, se ata, se encadena á la necesidad de amar y ser amado: este es el consuelo de ella hasta el sepulcro, la luz que la guia, el calor que la reanima, el último grito, la última vibracion de su sér, y en los brazos de aquellos á quienes ama y ha consagrado su vida, quisiera exhalar el último suspiro.

El hábito destruye muchas cosas que para la felicidad de la muger no deberían perecer antes que ella. ¿Cuántos nadas, llenos de la vida del corazon, para la muger, y que no perciben los demás! ¿Cuántas cenizas queridas reanima su pensamiento! ¿Cuántas esperanzas vé destruidas, recordando en un instante toda su vida pasada! Esto la anonadaria si no sintiese en su conciencia una fuerza que la

hace capaz de superarlo todo, al mismo tiempo que se le presentan las consoladoras imágenes de la segunda maternidad, bajo el nombre á la vez dulce y triste de abuela.

¡Ser abuela! Ya se figura que oye los gritos alegres de sus nietos, que vé sus sonrisas, que siente sus caricias: su vida tiene un nuevo objeto, aun será dichosa, y su silenciosa morada se animará con las alegrías infantiles de una segunda generacion.

J. T. L.

CARBON DE PIEDRA.

El conocimiento de las propiedades y aplicaciones del carbon de piedra vá siendo una necesidad de todas las clases sociales, hasta el punto de que, desconocer hoy de esa materia cosas que no hace muchos años eran del dominio casi exclusivo de los hombres de ciencia, es pasar por un ignorante que carece de la instruccion mas elemental, y dar una prueba de haber permanecido extraño al movimiento natural de las ideas mas vulgares y para cuya adquisicion no es necesario el estudio. Bajo este supuesto, y considerando que la muger no puede ni debe permanecer extraña á los objetos de instruccion comun que, además de reportarle algun provecho, la salvan muchas veces de un ridículo vergonzoso, vamos á exponer hoy algunas ideas sobre la materia que sirve de tema á este artículo.

Las minas de carbon de piedra y los mineros que hacen su estraccion de las entrañas de la tierra, son dos asuntos de que la muger debe darse cuenta exacta hasta poder apreciar muchos de los beneficios que reporta el primero, y la importancia del trabajo de los segundos; y para fijar la consideracion en unos y otros, dividiremos nuestra corta tarea en dos partes. Trataremos únicamente en la primera del carbon de piedra y sus minas, dejando para la segunda lo mas interesante que merece tenerse muy en cuenta respecto á los mineros; porque antes de hablar de los brazos empleados en la explotacion del mineral, nos parece indispensable dar á conocer, aunque ligeramente, á este.

Téngase ante todo muy en cuenta que el carbon mineral ó de piedra se conoce con el nombre de *hulla*; y esta denominacion se ha llegado á vulgarizar hasta tal punto, que en algunos paises es la exclusivamen-

te usada por las personas de todas clases. La *hulla* es el mineral combustible, carbonoso, que en algunas comarcas del globo se extrae del seno de la tierra para hacer de ella aplicacion á casi todos los usos del carbon vegetal y á muchos otros para los que no alcanza la fuerza de este. Las minas de que se extrae, son los depósitos en que se contiene esta sustancia, formados entre las grandes capas de la tierra. Estos depósitos, que se han llamado tambien *hulleras*, se encuentran de ordinario en terrenos arenosos con mezcla de arcilla y otras materias. Las capas en que se presentan, varían mucho en número y espesor, llegándose á encontrar á veces de cincuenta á sesenta las unas sobre las otras, desde veinte y siete centímetros hasta siete metros y aun mas de espesor.

Estas capas van sobreponiéndose ordinariamente de Oriente á Poniente, si bien se hallan con frecuencia en sentido opuesto, dando lugar á excepciones á que los mineros imponen un nombre particular que á ellos interesa conocer.

Uno de los caracteres distintivos de las capas ó bancos de *hulla*, es el contener en cantidad bastante considerable vegetales como las palmeras, helechos, etc., que han dejado impresa su huella sobre la *hulla*.

En medio de estas, suelen estar colocadas las que se llaman *esquistosas*, donde se han marcado ó fijado en abundancia restos animales, principalmente peces.

La *hulla* se produce ó presenta por la naturaleza entre especies diferentes por sus cualidades mas principales. La que se llama *compacta*, que es de un negro mate bien marcado, de combustion fácil, es la que forma una llama blanca y despide un olor balsámico agradable. La *hulla bituminosa*, que es de un negro brillante, pesada, arroja en la combustion una llama tambien blanca; despide mucho calor y humo, al mismo tiempo que un olor bituminoso. La *hulla dspera*, mas pesada aun que la anterior, poco brillante, de un gris bien sensible, arde con mas dificultad y produce una llama azulada.

La *antracita* se halla muchas veces confundida con la *hulla*; sin embargo, su aspecto la hace distinguir perfectamente; porque su negro es de un brillante metálico, y su combustion, mas difícil, es inodora, se efectúa sin llama y casi sin humo.

Hay un producto combustible que el hombre obtiene de la *hulla* para aplicarlo á ciertos usos industriales, que es el *cok*, que la generalidad ó muchas

gentes vulgares suelen tomar por hulla de cierta especie, y conviene rectificar este error. El *cok* se obtiene de la hulla por medio de una combustion lenta, en la cual se la depura, en cierto modo, y queda combustible de mas fuerza para usos determinados.

Los terrenos de hulla ocupan posiciones bien diferentes en el interior de la tierra. En las cordilleras de montañas, los hay á 4,400 metros sobre el nivel del mar; al paso que en otras regiones, las galerías de explotacion están hasta un kilómetro debajo de este nivel, y algunas se adelantan despues muchos metros debajo del fondo de sus mismas aguas.

Muchos son los paises en que se explota y beneficia este producto mineral, en tan grande escala siempre como lo reclaman su importancia, baratura y la extension de su consumo. Pero al lado de la Inglaterra y otros en escaso número, nada significa la cifra que representan la generalidad. España ha dado á conocer ya que cuenta con ricos y abundantes criaderos de este combustible, y está llamada á figurar entre las naciones de un mercado mas vasto por este concepto.

No es nuestro ánimo tratar aquí de los diferentes usos de la hulla, porque son en gran número y de todos conocidos. Pero solo indicaremos que hoy arde prodigiosamente lo mismo para alimentar el fogon del pobre, que para alegrar la chimenea del potentado, mantener la constante fundicion en los altos hornos, proveer de motor á los grandes buques, las veloces locomotoras, una bastísima maquinaria, y al mismo tiempo producir en abundancia el gas que nos alumbra.

E.

JULIA.

(Continuacion.)

XII.

- ¡Señor autor!
- Manden ustedes, hijas mías.
- Háganos usted el obsequio de interrumpir su relato por un instante....
- ¿Nada mas que eso?
- Y de prepararse á recibir una docena de pellizcos.
- ¿Por qué?
- ¡Porque es usted un embusterol!...
- ¡Gracias! Pero, ¿puede saberse?...

—¡Cómo! ¿y tiene usted el descaro de preguntármolo?... ¡Tire usted la pluma y acérquese usted!

—Con mil amores.

—Supuesto que ha tenido usted la *galantería* de dirigirse á nosotras *exclusivamente*, vá usted á ser juzgado por un tribunal femenino. ¡Su novela de usted es *inverosímil*!

—Señoras, aseguro á ustedes que mis tipos....

—¡Mentira! ¡ya sabemos lo que vá usted á decir!

—Que mis tipos....

—¿A que es capaz de asegurarnos que los ha tomado de la verdad?

—¡Al pié de la letra!

—¡Embrollon!... Confiese usted ahora mismo que su Julia es una Julia de contrabando.

—Dispénsenme ustedes, hijas mías; pero les juro con la mano sobre la conciencia....

—¿Que la ha conocido usted?

—¡Y que no soy mas que su humilde biógrafo!

—¡Imposible! ¿se atreve usted á afirmar que una niña de diez y seis años miente con el aplomo que usted ha hecho mentir á su heroína en el capítulo anterior? ¿Conque es decir que usted nos supone capaces de llevar la hipocresía á tan odioso extremo en una edad tan tierna? Señor autor, sepa usted que á esa edad todas nosotras somos acabados modelos de candidez.

—Pero ¡como no hay regla sin excepciones!...

—¡Mire usted qué graciosa! ¿Y por qué no empezó usted por decirnos que su heroína era una excepcion de la regla comun?

—Porque en el capítulo de *la muger y la mentira*, las excepciones son tan numerosas, que casi forman la regla general.

—¡Descarado!

—¡Insolente!

—Poco á poco, hijas de mi alma: yo creo á pié juntillas en que ustedes son, todas y cada una de por sí, la ingenuidad personificada.

—¡Pues ya se vé que lo somos!

—Y que nunca han dicho otras mentiras... que las indispensables para vivir en sociedad.

—Justamente.

—Pero, ¿qué dosis de fingimiento creen ustedes que necesita emplear al dia una muger de mediana educacion para vivir en el mundo?

—No muy grande.

—¿Nó?... pues sean ustedes francas y empiecen á contar.

Primero: *Mentiras de tocador*, como *colorete*, *blanquillo*, *tules* para el cabello, *trenza postiza*....

—¡Adelante, adelante!

—Segundo: *Mentiras arquitectónicas*, las cuales comprenden *algodones*, *ballenas*, *aros*, *cadera*....

—Eso no es fingir, sino perfeccionar la naturaleza. Siga usted.

—Tercero: *Mentiras de fé de bautismo*, como *veinte y cinco* en lugar de *treinta*, y esta última cifra en lugar de todas las que siguen....

—Si no hubiese imprudentes que nos preguntasen la edad, ninguna de nosotras se vería obligada á *plantarse* ni á hacer ensayos de treinta y una.

—Cuarto: *Mentiras de miento* y cumpro, llamadas por trasposicion y contraccion de *cumplimiento*, como *¡tanto bueno por acá! ¡no se venda usted tan cara! ¡dichosos ojos que la ven á usted! ¡hoy está usted guapísima! ¡cuántas ganas tenemos de verla!* etc., etc., lo cual significa de dientes adentro: *¡esto nos hacia falta! ¡allá te podrias haber quedado! ¡aunque no vuelvas poco importa! ¡maldito si te agradezco la visita! ¡cada vez me pareces mas fea y mas insoportable!*

—¡Basta! ¡cada una de nosotras conoce perfectamente esa cartilla!

—Quinto: *Mentiras de labor*, las cuales consisten en enseñar á las amigas, como obra propia, *lindos bordados*.... hechos por la costurera de la casa.

—¡Báh! ¡esta es una mentira tan inocente, que no merecia la pena de que usted la mencionase!

—Sesto: *Mentiras dolientes* ó de verano, que necesitan para curarse de la panacea universal llamada baños de Arechavaleta, de Biarritz, de Ontaneda, etc., y de mil duros anuales para peinadores, sombreros, trajes de campo y otras *medicinas* auxiliares.

—Sétimo: *Mentiras amorosas*....

—¡Haga usted el favor de suprimirlas, porque en esa materia no se quedan atrás los señores hombres!

—Octavo: *Mentiras filantrópicas*....

—¿Y cuáles califica usted con ese nombre?

—Las que tienden á engañar al prójimo haciéndole creer que la presidenta, secretaria y *vocales* de *tal* ó *cual* asociacion piadosa han tomado esos cargos obedeciendo á la ternura de su corazon, y no á los instintos de la vanidad.

—¡Falso! las mugeres hacen el bien por el bien.

—Noveno: *Mentiras domésticas*....

—No siga usted, porque la lista lleva trazas de no acabar.

—Pues bien, mis queridas lectoras, si los capítulos de la cartilla del fingimiento son tan numerosos, aun tratándose de la mas veridica de entre ustedes, ¿por qué extrañan que una de las muchas excepciones de la regla sea un modelito de hipocresía á los diez y seis años? Además, ustedes lo han dicho: en materia de amor, todo el mundo sabe mentir admirablemente desde que empieza á deletrear el abecedario del ceguezuelo Cupido.

—¿Y los hombres?

—Y los hombres tambien, hijas de mi alma.

—Ellos nos han enseñado á mentir.

—Puede ser, pero la cuestion es un poco dudosa.

—¿Dudosa? ¿cuando es sabido que no dicen una palabra de verdad? ¡Nó, nó: son ellos los que tienen la culpa, los que nos han dado el ejemplo! ¡Hacen perfectamente las mugeres en pagarles en igual moneda y en devolverles engaño por engaño!

—No digo que nó.

—Lo sensible es que todavía hay algunas tontas que aman de veras.

—¿Lo creen ustedes así?

—Como, por ejemplo, esa pobre Julia...

—¡Báh! Julia amaba como se ama á los diez y seis años; de imaginacion, y nada mas. En esa época, antes de engañar á los otros, empieza uno por engañarse á sí mismo.

—¿Y á los veinte?

—¡A los veinte es otra cosa!... pero no se cansen ustedes, hijas mias: el amor es una palabra.... de convencion, un *juego de quién engaña á quién*....

—¡Incrédulo!

—¡Sacrílego!

—¡Definir de ese modo el mas dulce, el mas noble de los sentimientos!

—Seré lo que ustedes quieran; pero no retiro la frase: los Abelardos y las Eloisas me parecen un mito, y creo que el niño alado, en lugar de la venda que le ponen en los ojos, tiene hoy un microscopio del cual se sirve maravillosamente para examinar las *ventajas* ó *desventajas* de *posicion* que nos reportará el *futuro* ó la *futura*. Quizá esto consista en que el mundo envejece, ó en los grandes adelantos de la ciencia económica. Mas sea cual fuere la causa, el resultado es que el amor no existe en ciertas clases de la sociedad. «X.....—decia no hace muchos años una señorita semi-aristocrática en una tertulia donde se hallaba un servidor de ustedes, es el único hombre á quien yo he amado, porque no tiene una cualidad que no sea recomendable; juventud, belleza, talento, honradez, amabilidad, nada le falta, pero no puedo casarme con él. X.... no es mas que un simple abogado y secretario de Ayuntamiento... ¡y no puede *costearme coche!* ¡Definanme ustedes este amor sibarita que retrocede ante la idea de andar á pié, como cada hijo de vecino.

—¿Pues qué queria usted? ¿que las mugeres fuéramos tontas hasta el extremo de poner constantemente en accion la conocida comedia *contigo pan y cebolla*?

—Yo no quiero nada, hijas mias; yo tomo las cosas como son, y hago lo que el estudiante del cuento... ¿saben ustedes el cuento del estudiante? ¿nó? Pues ya que digresamos, escuchen ustedes.

«Hace tres dias que dos pobres estudiantes llamados Juan y Diego no habian comido apenas, cuando uno de ellos recibió unos cuartos de su casa, y acto continuo se



402

Imp. Mariton.

LA EDUCANDA.

fueron al mas próximo figon á matar el hambre y á sacar la tripa del mal año. Sirviéronles un guisote de carnero, y como los gritos del estómago eran muy fuertes, no se entretuvieron en hacer plato. Uno por un lado y otro por otro, embistieron con la fuente, que por mas señas tenia honores de lebrillo. Diego era mucho mas tragon que Juan, y cuando vió que su lado empezaba á presentarse en quiebra, entró en ganas de filosofar con su compañero.

—¡Qué mundo este, Juan! —le dice.

—¿Qué tiene el mundo?

—¡Que es una verdadera bola! ¡Mira, ayer estábamos sin un cuarto, hambrientos, y en vísperas de haber hecho un disparate por una libra de pan! Hoy nadamos en la abundancia y nos tratamos á cuerpo de rey.

—¡Es verdad!

—¡Pues así es todo! El que hoy está muy alto, mañana tropieza y ¡cataplúm! ¡cátale rodando hasta el fondo del abismo!

—¡Tienes razon! —respondia Juan sin dejar de engullir.

—Desengáñate, chico, el mundo es.... figúrate que el mundo es este plato; dá una vuelta, y ya tienes aquí una porcion de cambios de fortuna: dá otra, é idem per idem, lo que estaba patas abajo se vuelve patas arriba. ¡Cuando te digo que es una verdadera máquina!

Y en las vueltas del mundo, Diego habia puesto hácia su lado las mejores presas.

Mientras tanto, Juan miraba la operacion y escuchaba las observaciones filosóficas del compañero con la mayor pachorra.

Así que este hubo concluido:

—¡Sí, sí, tienes razon! —le dijo dándole vuelta al plato; —pero, ¡deja al mundo conforme estaba!»

—Lo mismo hago yo, lectoras; dejo el mundo conforme está, y ¡Dios me libre de querer enmendarlo!

Basta por ahora de digresion, y volvamos á Julia. Voy á presentarles algunos trozos de la correspondencia epistolar cambiada entre los dos amantes, cuyos originales puedo enseñar á ustedes el dia que lo soliciten.

(Se continuará.)

AMOR MATERNAL.

El amor maternal es como un rayo de esa inteligencia divina esparcida por el universo, y que desde el hombre vá en decrecimiento y debilitándose hasta los últimos límites de la creacion animal. ¡Cuántos y cuán raros fenómenos y lecciones nos ofrece en algunas especies animales! Por lo que hace á la muger, basta que vea sonreír á su tierno niño para sentir la realidad de una felicidad

suprema. ¿Quién se atreveria á arrebatarse la dicha de poder buscar una segunda sonrisa cuando acaba de gozar en la primera?

La bondad de la Providencia se muestra toda entera en la cuna del hombre. Aquellas frecuentes pruebas de ternura, ¿no serán mas que efectos mecánicos de una insensible materia? El niño nace, y la madre siente en su seno la leche que ha de alimentarlo; crece, y la leche se hace mas nutritiva: esta muger tan débil adquiere poco á poco fuerzas que la hacen superior á las fatigas que no podria soportar el hombre mas robusto. ¿Quién vela durante la noche ó en el momento mismo en que su hijo vá á pedir el alimento acostumbrado? ¿De dónde ha adquirido ese tino, esa destreza que no ha tenido jamás? ¿cómo coge ese tierno sér sin lastimarlo? Sus cuidados parecen el fruto de una experiencia de toda la vida, y sin embargo, es el primer recién nacido que vé en sus brazos. El primer ruido asusta á la doncella: ¿dónde están las armas, los rayos y los peligros que harán estremecer á la madre? En otro tiempo necesitaba esta muger un alimento delicado, un fino vestido y una mullida cama, el menor aire la incomodaba: hoy, un pan grosero, un tosco vestido y un puñado de paja le bastan; y la lluvia y los vientos nada la importan, en tanto que lleve en su pecho una gota de leche para alimentar á su hijo, y tenga entre sus andrajos lo bastante para envolverlo.

¡Amor maternal! al oír este nombre, ¿quién no se siente conmovido? Ternuras, cuidados, dulces caricias, sábios consejos de nuestras madres: este nombre solo trae á nuestras almas el mas dulce recuerdo, que excede en fuerza, poder y duracion á todos los demás afectos del corazon humano.

M. T.

LECCION PROVECHOSA

DE UN MONARCA Á SU HIJO.

Cierto rey, lleno de humanidad y afecto hácia sus súbditos, tenia un hijo de carácter violento y duro, que, creyéndose de otra naturaleza que los demás hombres, trataba al pueblo, y aun á los mismos grandes, con una altanería y dureza irritantes. Su padre, temiendo hiciese desgraciados á sus pueblos cuando subiese al trono, y que, cansados estos, se le sublevasen, trataba con empeño, aunque inútilmente, de corregir al príncipe.

Un dia que manifestaba su pena á uno de sus cortesanos, este celoso confidente tomó á su cargo, con el permiso del rey, la correccion del jóven príncipe. Aprovechando la ocasion de haber dado á luz un hijo la princesa, su esposa, en aquel mismo dia, hizo el leal cortesano colocar durante la noche en la cuna del príncipe otro niño recién nacido como este y vestido exactamente lo

mismo, bien que tomando las precauciones necesarias para que de ningun modo pudieran confundirse.

A la mañana siguiente, apenas el jóven padre se despertó, corrió presuroso á la cuna de su hijo, y ¡cuál no seria su sorpresa al ver dos niños semejantes, y sin la menor señal exterior que le indicase cuál era su hijo! De la mayor admiracion pasó á un extremado arrebatado de cólera; y habiendo acudido el rey al ruido y escándalo que con sus voces promovió, le dijo: «¡Qué! hijo mio, ¿os es tan difícil distinguir entre estos dos niños el que os pertenece? Vuestra sangre, que corre por sus venas, ¿puede hacerle confundirse con los demás mortales? ¿No ha impreso en él la naturaleza caracteres de superioridad y grandeza, con los que os sea imposible engañaros? ¿Puede acaso parecerse el primogénito del presunto heredero de mi corona al último de sus súbditos?»—El príncipe comprendió perfectamente el sentido de aquellas palabras, y llegó á ser tan afable y humano como su padre.

C. A. DE L.

LOS JUEGOS INFANTILES.

Hace mucho tiempo que embarga mi imaginacion una idea, objeto digno de largas y repetidas consideraciones. Algunas veces, al recordar la bulliciosa edad de la infancia, ese inocente periodo de la vida que atravesamos envueltos, por decirlo así, en una atmósfera encantada, bien diferente á la que nos rodea cuando la edad ha marcado en nuestras frentes el sello del dolor, mi imaginacion, exaltada con tan dulces recuerdos, ha parecido trasladarse á aquellos tranquilos tiempos, y sentido regocijarse el corazon con aquella misma alegría que acompaña á los primeros años. ¡Infancia! ¡dulce infancia! ¡cuántas veces te he recordado vertiendo lágrimas, y cuántas veces tu recuerdo me ha arrancado un suspiro al corazon ó una sonrisa á los labios! Quizá en los dias de tribulacion, al contemplar algun paraje frecuentado en mi niñez, ó algun objeto que tenia relacion con mis recreos infantiles, ha parecido que mi alma, sacudiendo el letargo en que la abisman graves pensamientos, ha vuelto á experimentar, aunque momentáneamente, los trasportes de su antigua alegría, y hasta ha llegado á mirar con veneracion aquel lugar y aquel objeto, testigos de sus inocentes quimeras. Entonces he buscado solaz en la compañía de los niños; y sus juegos, sus graciosas locuras, han sido para mí asunto de contemplacion. Algunas veces tambien he solido sonreir en presencia de los animados cuadros que ofrece el prado durante las calurosas noches del estío, y otros varios parajes donde la infancia libre y alegre se desquita de las tareas escolares. Pero, lo digo con verdad, jamás ha sucedido

que, despues de recorrer con una mirada estos interesantes recreos, no haya vuelto á mi casa con la cabeza baja y el corazon oprimido. Y es que esos juegos, esas risas que en la apariencia y á primera vista no ofrecen otra consideracion que los efectos de la inocencia y la sencillez, estudiados detenidamente forman el cuadro mas doloroso en que se dibujan ya los sombríos rasgos de la corrupcion y el vicio. Por eso han sido los juegos de la niñez objeto de mis desvelos en mas de una ocasion; y por eso me he decidido á consignar en estas líneas alguna de mis constantes observaciones, animada por el vivísimo deseo de fijar sobre algunos puntos importantes la atencion de las personas á cuyo cuidado se hallan los tiernos vástagos de las familias, esperanza legítima de la sociedad venidera; para que procuren arrancar, si es posible, de los juegos de los niños ciertas prácticas perjudiciales que nada influyen en el recreo, y antes por el contrario, pienso que le quitan la mayor y mejor parte de sus encantos. Preciso es conceder que el tiempo empleado en esas diversiones, que para muchas personas son insignificantes y pueriles, es el mas precioso para nosotros cuando somos niños y el que mas constituye nuestra vida; porque jugando estamos, por decirlo así, en nuestro elemento.

Lo que en las horas de recreo se aprende, se olvida mucho despues que lo aprendido en los libros y de la boca de los maestros, aun mezclado con la doctrina mas pura; porque es cosa sabida, que se imprime en nuestro entendimiento mucho mas fácilmente aquello que entra por la via del corazon; y lo que mas á este le halaga, mejor se graba en aquel, á veces con caracteres indelebles. En el juego manifiesta el niño sus sentimientos, despliega su carácter; estúdiadle entonces, y estudiad con él los mismos juegos á que se dedica. ¿De qué pueden nacer y cómo se conservan algunos juegos tan impropios para la niñez? ¿Quién es el encargado de la direccion de estas diversiones infantiles, que tan loca é imprudentemente llena su cometido? Lo ignoro: la sola idea que sobre esto me ha ocurrido, es que las madres descuidan en todo y confían este asunto á criados ó personas ignorantes; porque suponen, como antes dije, que el pasatiempo de los niños, de cualquiera manera que sea, tome la forma que quiera, nunca deja de ser pasatiempo que no necesita de su celo para presidir sus locuras; y que en resúmen, la completa libertad en este punto, es lo que mejor llena el objeto de sus atolondrados y revoltosos hijos. Bien quisiera yo interesar vivamente á las madres sobre tan importante asunto, y hacerlas observar que el descuido de su vigilancia atrae sobre estos juegos muchos escollos, y toman un giro poco favorable á la moralidad de las costumbres; que poco á poco los niños se van familiarizando con ciertas ideas que, sin saber cómo, se introducen en los juegos, que no parece sino que el mismo Satanás las ha esparcido como semilla ponzoñosa para marchitar el tierno corazon de los niños,

delicia de sus padres y consoladora esperanza de la sociedad.

Uno de los juegos mas usados y conocidos es el corro, que asidas las manos forman las niñas para dar vueltas, acompañándolas con mil canciones diferentes, pero de las cuales ninguna hay que sea adaptada al objeto para que fueron compuestas, y ni se prestan á la inteligencia de las niñas, ni menos sientan bien al candor tan propio de su sexo y de su edad.

Creo inútil reproducir aquí ninguna de las letrillas ó canciones que tan conocidas son de todos los que frecuentan el salon del Prado y el Parterre; y solo les suplico que, fijando la atencion en su significado, me digan si son estos los cantos de la inocencia ó los de la coquetería y la desenvoltura. Tales canciones tienen por regla general uno de estos tres sentidos: ó se refieren á amores, expresados de una manera grotesca, si no licenciosa; á la burla, el ridículo y aun el insulto á clases ó individuos, y por último, un conjunto de despropósitos ó errores, que de significar algo es el desorden en las ideas y los juicios, bastante á formar en los niños un carácter atolondrado y una imaginacion sin freno. Ejemplo son de esta lastimosa verdad las canciones de la Mariblanca y otras que repiten incesantemente todas las niñas. ¿Qué significan unas y otras? ¿Por qué se dá lugar á que tales groserías ocupen la imaginacion y la memoria de la infancia, cuando pudieran muy bien reemplazarse con graciosas fábulas acomodadas á la edad, que encierran un dulce aviso para el porvenir, en vez de la grave y severa sentencia con que terminan, ó bien con tiernas canciones que exciten en su corazon los dulces sentimientos de caridad, benevolencia y amistad? Pues si esto notamos en la letra de tales juegos, en el modo con que se disponen y ejecutan observamos tambien tendencias perjudiciales. En un corro en que hay dos ó tres niñas mejor ataviadas que las demás, ya por razon de rango, ya por razon de fortuna, estas son las que desde luego lo ordenan todo, todo lo disponen, admiten y despiden á su antojo las demás niñas del juego, son en resumen las mandarinas del corro, aunque se prolongase el juego toda la noche. ¿Es esta la base de justicia sobre que deben cimentarse todos los actos de los niños? ¿Es esta la igualdad que debe establecer su misma sencillez, pues que aun no ha tenido tiempo para conocer las diferencias de rango y posicion que la sociedad reconoce y distingue, aunque contrarias á la verdadera caridad? Si no puede negarse la superioridad en unos individuos y la inferioridad en otros, puesto que Dios la establece comunicando á los unos las dotes del talento y sabiduría para mandar, y á los otros las virtudes de la humildad para obedecer, tambien es cierto que en los niños, cualesquiera que sean sus capacidades, no pueden existir legítimas diferencias, porque son iguales en ignorancia é inexperiencia, y no hay talento alguno que merezca veneracion si no

está cultivado por una buena educacion, y desarrollado por la edad y la experiencia. Así, pues, entre los niños se desconocen las verdaderas diferencias, y se establecen otras que no reconocen mas causa que el lujo y la vanidad, á la que suele ser consiguiente cierta desenvoltura y coquetería propias de las niñas educadas en la escuela de la ficcion. ¿Por qué no se cuida de que en los juegos haya su ley, que se conceda á todos iguales derechos, ocupando por edad ó por turno los principales puestos y participando todos de los mismos placeres? Nadie mejor que el que ha pasado por ello conoce lo trascendental de tales abusos. A muchísimas niñas he visto yo suplicar que las permitan tomar parte en los juegos de las otras, y han sido despedidas con desden, ó rechazadas con desprecio de losorros, teniendo que refugiarse al lado de sus padres confusas y avergonzadas, sin deseo de volver á asociarse á tan desatentas compañeras. Estos desprecios se graban profundamente en el corazon, y nos hacen mirar desde niños con aversion lo que mas debia inspirarnos placer y simpatía. ¿Qué diremos de la veleidad con que se toman y dejan los juegos, vuelven á empezarse y tornan á deshacerse? A esto solo puede contestar quien con curiosa mirada sigue todas las evoluciones de los niños en el salon del Prado. No parece sino que de todo se hastían, y, como las mariposas, vuelan de aquí para allí con inquieto afán, hasta que caen en la cama, mas bien rendidos de cansancio que satisfechos de su distraccion. ¿Y de qué puede depender esto? Acaso digan algunos que la inconstancia es innata en la niñez, lo concedo; pero una inconstancia tan extremada, parece ya mas propia de dementes que de seres racionales, que, aun cuando todavía imperfectamente atienden, observan y raciocinan. Finalmente, la experiencia nos enseña que, aun los niños mas atolondrados, se entretienen horas enteras cuando se sabe proporcionarlos un verdadero placer, un recreo que excite su inteligencia y halague su corazon.

Yo creo que la falta de orden y acertada disposicion de los juegos es la causa del atolondramiento de muchos niños, y de que tengan al parecer embotados los sentimientos mas bellos del corazon, que debian manifestarse mas claramente en esas expansiones que reclama su naturaleza. ¡Ah! si muchas madres comprendieran lo trascendental de esas tertulias en que las niñas empiezan á buscar tranquilo solaz, ¡cómo conducirían á sus lindas hijas por su propia mano, las seguirían con vigilante mirada, y las preservarían de muchos, muchísimos peligros y lazos que allí están preparados á la inocencia! ¿Y qué distraccion mas grata, mas amena para una madre, que tomar parte en los goces de sus hijas? ¡Qué cuadro tan interesante seria ver muchas madres sentadas en círculos, presidiendo los juegos de las prendas de su corazon; hablando de sus progresos, sus virtudes, genios, esperanzas; de los medios empleados para corregir este ó aquel

defecto, etc., etc! ¡Qué tertulias tan provechosas para las madres! ¡Qué íntimas y dulces amistades se trabarían entre aquellas personas inflamadas todas del mismo noble sentimiento, el amor maternal! ¡Cuán pronto, experimentando la dulce satisfacción que les proporcionarían estas conversaciones y amistades, se olvidarían de las diversiones que necesariamente habrían abandonado para dedicarse á ser el ángel guardian de sus hijas! En breve no se acordarían del paseo, donde reina solo la vanidad de lucir ricos trajes, ni del insulso teatro, que muy frecuentado se hace escuela de coquetería, ni de la tertulia, foco de murmuración, ni de otros mil pasatiempos, en fin, en que las madres, separadas de sus hijas, sacaban tan poco fruto como las hijas lejos de sus madres. ¿Pues dónde dejamos las tiernas afecciones que se despertarían entre las niñas, acostumbradas á ver todas las noches á las mismas compañeras? Porque es evidente que las madres hechas amigas, se buscarían; y que las hijas, igualmente amigas, llegarían á gozar en su recreo del doble placer de la amistad. ¡Cuánto aprovechamiento en las niñas menores instruidas, con el trato de las que lo fuesen mas; y qué hermandad tan hermosa si las madres procuran infundir en las puras almas de sus hijas la sublime máxima evangélica: *Amaos los unos á los otros!*...

Quisiéramos que estas consideraciones despertaran algun tanto en las buenas madres de familia otras gravísimas que no deben desconocer, y á que dá lugar la fatal costumbre de confiar los niños y las niñas á domésticos y niñeras. ¡Ojalá que el exámen de tantos inconvenientes despertase en sus corazones el deseo que á todos nos anima de perfeccionar la juventud!

MICAELA F. Y G.

UN SOLO GÉRMEN.

Cuando, durante el invierno, se examina el gérmen de una cebolla de tulipán con un simple lente ó cristal convexo, ó á simple vista, fácilmente se descubren en él las hojas que han de volverse verdes, las que han de componer la flor ó tulipán, la pequeña parte triangular que encierra el grano y las seis pequeñas columnas que le rodean en el fondo. De modo que no se puede dudar que el gérmen de una cebolla de tulipán, no encierre un tulipán entero.

Razonable es, pues, creer que en el gérmen de una pepita de manzana, y en general de toda clase de árboles y plantas, aunque no se pueda observar á simple vista, ni con el microscopio, están con seguridad en pequeño los árboles con todas sus partes. Pues no estará fuera de razón creer que en un solo gérmen hay árboles infinitos, pues que no contienen solamente el árbol de quien es la semilla, sino un gran número de otras semillas que pue-

den encerrar en sí mismas nuevos árboles y nuevas semillas de árboles, las cuales encerrarán quizá en una pequeñez incomprensible otros árboles y otras semillas tan fecundas como las primeras, y así hasta el infinito.

De manera que, segun esta opinion, que no puede calificarse de impertinente y atrevida, sino por los que miden las maravillas del poder infinito de Dios por las ideas de sus sentidos y su imaginacion, se puede decir que en una sola pepita de manzana hay manzanos, manzanas y simientes de manzanos para siglos infinitos ó casi infinitos.

M. A.

EL ADORNO Y COMPOSTURA DE LAS JÓVENES

BAJO EL PUNTO DE VISTA ESTÉTICO Y MORAL.

En el arte de adornarse y componerse, hay que distinguir bien el lujo y el gusto.

El lujo es lo supérfluo: el gusto casi es lo necesario.

El lujo está reservado solamente á la riqueza; pero el gusto pertenece á todas las clases y restablece la igualdad.

El lujo es un accidente y no tiene relacion con la persona, ni le hace verdadero honor; el gusto, por el contrario, es una cualidad personal: no es sin duda una virtud, pero al fin es un mérito.

El lujo es una cosa relativa: lo que es lujo para unas personas, no lo es para otras: no son lujo para una reina los diamantes, y es lujo para una campesina el llevar velo.

El lujo puede ser enemigo del gusto; porque es parte del gusto el distinguir qué lujo conviene á la edad y á la condicion.

El lujo está fuera de su lugar en las jóvenes; porque las cosas muy ricas no las favorecen.

Seria de desear que se diese á las jóvenes, con motivo del adorno y compostura, lecciones de arte y de virtud. Como tienen una disposicion maravillosa para penetrarse de las condiciones del arte de componerse, podrian comprender, por medio de ideas sencillas, las ideas mas elevadas.

Fenelon, en su excelente obra titulada EDUCACION DE LAS NIÑAS, juzga conveniente que se empleen las bellas artes para inspirar á las niñas gusto y sencillez para la compostura. «Quisiera, dice, hacer ver á las jóvenes la noble sencillez que aparece en las estatuas y demás figuras que nos han quedado de las mugeres griegas y romanas: en ellas verian cuánta gracia y magestad tienen los cabellos anudados por detrás con cierta negligencia, y los ropajes amplos y ligeros á largos pliegues. Tambien seria bueno que oyesen hablar á los pintores y demás per-

sonas que poseen el exquisito gusto de la antigüedad. Bien sé que no debe desearse que tomen el exterior del antiguo; sería una extravagancia pretenderlo; pero podrian, sin incurrir en ninguna singularidad, adquirir el gusto de aquella sencillez de trajes, tan noble, tan graciosa, y por otra parte, tan conveniente á las costumbres cristianas.»

Los principios del arte son siempre los mismos en las pequeñas como en las grandes cosas: una persona que se compone bien, aplica, sin saberlo, los mismos principios que Rafael en la composicion de sus obras maestras.

¿Qué hace una jóven cuando se adorna? Se idealiza, por decirlo así. Sin emplear mentira alguna, sabe poner de relieve sus atractivos personales, por medio de una hábil combinacion de líneas y colores.

Cuando una jóven se compone, ejecuta en sí misma un trabajo análogo al que emplea un gran pintor en su modelo.

Una jóven bien puesta no se ofrece á nuestra vista como es de ordinario, sino como se quisiera verla siempre: en este caso es mejor que ella misma, sin dejar de ser la misma.

Con su propio ejemplo, se le puede hacer comprender las condiciones del verdadero arte que ennoblece y depura sin desfigurar.

Se le puede hacer comprender igualmente, con el ejemplo de trajes chocantes, lo que es el arte falso y mezquino en que la discordancia de los colores, el abuso de los adornos y el uso de artificios y mentiras, ofenden la vista y sublevan el buen gusto.

La diferencia entre el arte verdadero y el arte falso, es la misma que existe entre la jóven que elige con gusto los colores que dan mejor realce á la virginal frescura de su tez, y la muger que se carga de afeites.

El adorno y compostura puede ser tambien una escuela de moral: si una jóven comprende que el mejor medio de agradar es el de componerse con sencillez, gracia y armonía, ¿no comprenderá tambien que puede agradar mas aun, ingiriendo las mismas cualidades en su carácter?

Para el interior, hay un arte de adornarse, y, en cierto modo, un gusto, que consiste en la sencillez, en la discrecion, en el pudor, y en una armonía general, en la cual nada resplandece en particular, y todo es dulzura y encanto.

No sabemos si es deber de la moral el condenar sin reserva la afición de las jóvenes á los adornos, así como el prohibirles todo aquello que no es lo estrictamente necesario: tal vez sea extralimitarse el proscribir uno de los mas vivos instintos de la naturaleza femenina.

Estamos muy distantes de decir que convenga estimular esta afición, pero creemos que es bueno perdonarla; el temor de los excesos no debe inducir al moralista á mentir, considerando como un mal lo que no lo es.

«¿Le prohibiremos el deseo de agradar?—dice *Madama Necker de Saussure* en su *EDUCACION PROGRESIVA*.—Sin duda que nó... Si se tratase de la perfeccion absoluta, habria derecho á exigir un motivo mas puro para hacerse agradable al mundo... Pero se está tan distante de ella, que es necesario aceptar lo que hace soportable la sociedad, lo que establece un comercio de seres animados, en vez de una exposicion de rostros y trajes, lo que obliga, en fin, á que las pretensiones orgullosas se humanicen. Necesario es, pues, dispensar gracia al deseo de agradar; pero condenemos la coquetería hasta en su grado mínimo.»

No vemos mal en el inocente deseo de agradar, prudentemente dirigido y proporcionado á los medios de fortuna de que se dispone. Verdad es que en este deseo entra alguna vanidad; pero, ¿no entra tambien en todos nuestros afectos?

Procuremos ilustrar este deseo con ideas elevadas y nobles, y dejemos despues que la muger goce inocentemente de sus ventajas.

No seamos tan ingratos para con la Providencia, que pretendamos ahogar en su criatura el deseo de ser amable como la naturaleza misma.

Pero si perdonamos este inocente deseo de agradar á los ojos y al espíritu, no es para ofrecer armas á la perversa coquetería, que cifra su gloria en trastornar cerebros razonables, y que cuenta sus hazañas por el número de sus víctimas; este es un juego indigno de la muger, cuyo destino social es unirse á un hombre de bien y asegurar su propia felicidad, haciendo la de su marido y sus hijos.

T.

Procedimiento para la conservacion de las patatas.

Las patatas son un artículo bastante importante para que no se desee un medio eficaz de asegurar su conservacion sin grandes gastos, y que evite las alteraciones y pérdidas á que constantemente vemos expuesto este artículo de provisiones.

El ensayado con mejor éxito por un gran número de experiencias, consiste en colocar las patatas en una cesta ó canasta, meterla en agua hirviendo, teniéndola en ella algunos minutos; extiéndanse en seguida sobre un tejido de mimbres ó cañas, y colóquense al sol para que se sequen pronto y bien; una vez secas, enciérrense en una buena panera ó despensa.

Este procedimiento, que evita la pérdida y el mal gusto que suele invadir las patatas en algunas localidades, especialmente en la primavera, que las amenaza la fermentacion, puede emplearse y hasta se emplea en grande escala con un excelente resultado.

quiña de tafetan negro guarnecida con un plegado de cinta. Sombrero milanés de paja de Italia, adornado de un puff de terciopelo pensamiento y una pluma caída sobre el lado. Pantalón adornado de escalas de pliegues separados por entredos bordados. Botitos abotonados.

Quinta figura. Niño de cuatro años. Traje habana subido en popeline de Lyon. Falda adornada de trecho en trecho hacia el bajo por tiras de terciopelo negro escalonadas. Chaquetita flotante con espalda lisa á pico y pequeñas faldetas. De lo alto del centro de la espalda á la punta del bajo lleva costura; y en el bajo de las faldetas ramos de terciopelo escalonados. Los delanteros de esta chaqueta son redondeados hacia el bajo y despues adornados de terciopelo. La manga es de codo, abierta y guarnecida de terciopelo figurando la mitad de un ramo á cada lado. Pantalón plegado con entredos en medio. Cuello y mangas lisas. Sombrero chino de fieltro oscuro con el borde cubierto de terciopelo, abierto al lado y adornado con plumas de garza real.

Sesta figura. Niña de doce á trece años. Vestido de glasé azul, adornado con tres rizados escarolados en el bajo de la falda. Cuerpo liso con cinturón de tafetan de la edad media, guarnecido de encañonado de cinta. Mangas semi-anchas, abiertas de alto á bajo al lado, adornadas con rizado y cogidas en tres puntos hasta el codo por

una cinta. Toca adornada con un rizado en valencienes. Manguitas forradas de un bullon en muselina y con un puño de encaje.

Sétima figura. Traje para niña. Es de piqué blanco guarnecido en el bajo de la falda por un trenzado de pequeños volantes de nansouk, guarnecidos y festoneados de lana roja. Cuerpo liso con dos pliegues por delante y atrás escotado cuadrado, y guarnecido con un pequeño volante bordado. Camiseta de plegado suizo. Mangas de muselina con puños bordados. Pantalón adornado por un pequeño plegado en batista, sobrepuesto á un entredos bordado. Sombrero de castor blanco, bordado de terciopelo cereza y adornado con una pluma blanca y otra cereza.

Octava figura. Niño de nueve años. Traje de ligero paño gris, compuesto de pantalón adornado por bordado de aplicacion en trenza negra, y pequeñas bellotas de pasamanería, tambien negras y muy juntas. Chaqueta flotante, ligeramente ceñida atrás y al lado, donde está abierta en el bajo. Mangas de codo, abiertas y cogidas á la derecha por presillas. La vuelta de la chaqueta y las mangas, empezando desde la abertura, están bordadas á aplicacion con guarnecido de la misma pasamanería. Cuello liso de tela y puños derechos almidonados.

EMILIA R. y R.

GEROGLÍFICO.

